

(m)

LOS ENEMIGOS DEL ALMA Y LOS AMIGOS DEL CORAZÓN: CRÓNICA DE UN EXILIO EN FEMENINO

CARMEN CORRAL
Seminari Filosofia i Gènere

Unos seres nacen para vivir, otros para trabajar, otros para mirar la vida. Yo tenía un pequeño y ruin papel de espectadora. Imposible salirme de él.
Carmen Laforet, *Nada*



Durante los últimos meses he preguntado sin cesar a numerosos lectores y lectoras por el paradero de Carmen Laforet. La respuesta, siempre idéntica: “falleció allá por los ochenta”. Estoy segura de que quien ahora lee estas líneas sabe que no puede afirmarse tal, ya que, por fin, nuestra prensa escrita ha resucitado y desenterrado a una escritora del olvido y del destierro para ponerla ahí, al alcance de quienes quieran dialogar con ella y con sus textos. El motivo de este redescubrimiento, con veinte años de retraso, de la que fue una de las

grandes promesas literarias de la posguerra española se debe a la reciente y feliz publicación de *Puedo contar contigo* (Barcelona, Destino, mayo de 2003), fruto del trabajo de investigación que está realizando el puertorriqueño Israel Rolón Barada, a quien de igual forma debemos la nueva edición de *La mujer nueva*, la “desconocida” novela de Carmen Laforet publicada en 1955.

Puedo contar contigo da título al epistolario que durante diez años (de 1965 a 1975) mantuvo Carmen Laforet con el también escritor Ramón J. Sender. Tras mi lectura de las cartas no he podido abandonar la idea de escribir esta breve nota sobre Laforet y su decisión de recorrer un camino introspectivo, una suerte de exilio interior que huye de la luminosidad de lo público. Mi intento es simple: contribuir a que no se apague el cañón de luz que ahora enfoca y se proyecta sobre esta narradora realista, vigorosa y con voz propia.

Me he acercado a ella como lectora adolescente que devoró con admiración *Nada*, como lectora adulta que ahora tiene ante sí a una mujer que opta por un exilio bien diferente al de su corresponsal Sender. Más allá del exilio físico propiciado por la distancia terrenal que impone un océano, he encontrado una búsqueda interior, una mirada de la propia Laforet como espectadora de sí misma y de su mundo, un autoexilio de todo aquello a lo que parecía estar destinada como mujer, y como novelista. Pero además de este, llamémosle, motivo en común, la lectura de las cartas permite palpar una amistad que trasciende los géneros, y no me refiero sólo a los literarios; una amistad basada en el aliento y en la mutua admiración; una amistad donde se impone la armonía y la sintonía.

Por eso, mientras avanzaba en mi lectura, no podía alejar de mí una idea casi obsesiva: ¿cómo hemos podido olvidar a Carmen Laforet? ¿Cuántos homenajes le hemos hecho en los últimos treinta años? ¿Cuántos artículos hemos dedicado a su producción literaria? ¿Cómo es posible que no hayamos releído *Nada* o *La mujer nueva*, títulos que, de encontrarlos ahora en la mesa de novedades de cualquier librería, nos llamarían la atención por su rotundidad?

Y como humilde respuesta a tales preguntas sólo se me ocurrió escribir unas líneas que animasen a otros lectores a superar las escuelas literarias, y las modas, pues la recompensa es encontrarse con una escritora que silenció su voz. ¿Por qué calló? ¿Por ser mujer? ¿Se rindió ante los enemigos?

No he sabido encontrar en sus novelas pistas que delaten el porqué de su silencio, pero en sus cartas encontré mucho más de lo que inicialmente creía. En su relación amistosa con Sender, Laforet le va abriendo, línea a línea, su corazón, tal vez para ahuyentar a sus enemigos del alma, expresión acuñada por el propio Sender para referirse a quienes le condujeron al exilio y que me atrevo a tomar prestada para plasmar la búsqueda y huida de Laforet, una búsqueda que tiene algo de “traición” en su intento por desvelar como escritora el secreto de lo femenino.

El 4 de marzo de 1966 Sender escribe a Laforet: “*Nada* es la primera obra maestra realmente femenina que hay en nuestras letras. La Pardo Bazán y otras a veces están bien, pero todas quieren ser *grandes hombres*” (p. 51). La respuesta de Laforet data del 6 de mayo de 1966: “Es claro que yo, dentro de mis límites, nunca intenté escribir a la manera de nadie. Ni siquiera me planteé el problema de

escribir desde lo femenino. Si usted ve que yo hago las cosas desde un ángulo de mujer –y eso me halaga– al menos yo siento que he escrito con sinceridad, puesto que soy mujer y desde ese ángulo tengo que verlo” (p. 61). Sender insiste en su apreciación de la narrativa de la escritora y, en su carta del 27 de mayo de ese mismo año, le dice:

Lo bueno de usted, es que escribe como mujer mejor que nosotros (mucho mejor) cuando escribe sobre mujeres y con una bondad de madre o de hermana o de novia cuando habla de hombres. Es encantador, eso. Y como le dije es la primera mujer que escribe sin tratar de imitarnos ni de disfrazarse de «gran hombre», que es lo que suelen hacer por ahí (Simone de Beauvoir y otros excesos) [...] Ve usted las cosas así –una realidad fluida y en movimiento constante–, y es su manera y está bien. Cuando se detiene un poco en un carácter o en una situación, hace maravillas. (p. 63)

Estas palabras de ánimo desde el exilio americano hacen mella en Carmen Laforet, a la que vemos debatirse una y otra vez buscando su tiempo, su espacio y su soledad. Esa búsqueda la lleva a dejar por escrito el 10 de febrero de 1967 una declaración de principios filosóficos y feministas que ha pasado bastante desapercibida. Nos dice en un extenso fragmento que prefiero reproducir en su totalidad:

Quisiera escribir una novela sobre un mundo que no se conoce más que por fuera porque no ha encontrado su lenguaje... El mundo del Gineceo. (Que no es de la célebre frase de Platón en *El Banquete* ¿verdad? “Tenemos las mujeres del gineceo para la casa y los hijos...”). En verdad, es el mundo que *domina secretamente* la vida. Secretamente. Instintivamente la mujer se adapta y organiza unas leyes inflexibles, hipócritas en muchas situaciones para un dominio terrible... Las pobres escritoras no hemos contado nunca la verdad, aunque queramos. La literatura la inventó el varón y seguimos empleando el mismo enfoque para las cosas. Yo quisiera intentar una *traición* para dar algo de ese secreto, para que poco a poco vaya dejando de existir esa fuerza de dominio, y hombres y mujeres nos entendamos mejor, sin sometimiento, ni aparentes ni reales, de unos a otros... tiene que llover mucho para eso. Pero, ¿verdad que está usted de acuerdo, en que lo verdaderamente femenino en la situación humana las mujeres no lo hemos dicho, y cuando lo hemos intentado ha sido con lenguaje *prestado*, que resultaba falso por muy sinceras que quisiéramos ser? (p. 97)

Este fragmento nos revela una clave de lectura de sus novelas mucho más cercana de lo que habríamos imaginado inicialmente. Pero también nos muestra la razón de su inquietud vital.

Rápidamente Sender le envía su respuesta, una vez más, llena de aliento intelectual:

Eso que me dice de escribir desde y sobre el *Gineceo* es terriblemente ambicioso y realmente no se ha hecho nunca, porque hasta nuestra querida Teresa de Jesús, cuando escribe sus *Confesiones* y sus *Moradas*, lo hace pensando en sus confesores (varones), a quienes hay que obedecer y contentar. Además su gineceo lo era a lo divino, y ahora con toda su grandeza eso no sirve a las vastas multitudes irreverentes que leen nuestros libros y para quienes hay que trabajar. Lo que usted se propone ha comenzado ya a hacerlo (como nadie) en sus novelas, donde por primera vez en España, una mujer habla como mujer en un nivel que ya quisieran alcanzar muchos hombres [...] Adelante, pues, y estoy seguro de que ésa será su obra cumbre. Pero hay que ser muy valiente... Nadie más que usted puede atreverse a eso. (p. 100)

Sin embargo, “los enemigos del alma”, la incompreensión y el desarraigo, acechan a Laforet. En abril de 1967, Sender le comenta que ha hablado con un par de escritoras españolas de visita por Estados Unidos (no da nombres) y que ellas consideran la narrativa de Laforet como una suerte de beatería, crítica que también se había vertido en su momento sobre *La mujer nueva*.

Los dardos de la envidia y de la incompreensión llevan a Carmen Laforet a emprender su retirada, su exilio interior. Separada de su marido y abuela de varios nietos, dice de sí misma en junio de 1972: “Tengo cero años. Pero no olvido que en mi vida anterior llegué a los cincuenta y a la dignidad de abuela. Me siento mucho mejor que una niña, pero no una niña. Hay una serie de experiencias a mis espaldas que no me interesa buscar de nuevo. Voy a buscar, en cambio, un acomodo no muy estable –no me gusta lo estable– en otro lugar del mundo” (p. 180). Y poco a poco, mes a mes y carta a carta, Laforet se instala en la soledad, en un exilio interior del que ya no saldrá porque “la soledad es... es algo interior y no la quitan aquellos que nos quieren, sino aquellos a quienes queremos” (p. 190). Mientras leemos su correspondencia asistimos a los diversos traslados y mudanzas de París a Roma, de Roma a Madrid, de Alicante a Cercedilla, ansias de mudanza y libertad compartidas con Paulina, trasunto de la propia Laforet, esa mujer de mediana edad, fumadora y separada de su marido, que toma las riendas de su vida como protagonista de *La mujer nueva*, la novela más feminista y femenina de la producción de Laforet que, no por azar, se inicia con la siguiente dedicatoria: “A Lili Álvarez, con agradecimiento, con mi gran cariño, como madrina mía de confirmación”.

Durante estas idas y venidas, durante estos cambios de rumbo vitales, Sender insiste para que Laforet se instale en Estados Unidos, para que comparta con él el

desengaño que produce la incompreensión. Carmen Laforet no opta por esta salida, de modo que jamás llegan a concretarse las múltiples invitaciones que Sender le consigue para impartir clases y pronunciar conferencias en distintos campus estadounidenses. Laforet siempre encuentra un impedimento o una disculpa, a veces en el último momento, para no acudir. ¿Tal vez la escritora rehuía perder su conquistada soledad en compañía de otro solitario? No lo sabemos, ni creo que sea tema de nuestra incumbencia a pesar de las declaraciones de amor platónico que le escribe un Sender “lejano y viejo enamorado”, quien dijo que le gustaba pensar en sí mismo “como en una especie de padre «honoris causa» de Carmen Laforet”. Algunos han querido ver en esta relación algo más que una amistad entre dos personas que sólo se vieron cara a cara en un par de ocasiones. Nada más lejos de eso y para atajar estas insinuaciones sólo hace falta tener en mente las palabras de Laforet en 1973 cuando insiste en que

las cosas de tipo sentimiento, espíritu o lo que quieras llamarle, pueden ponerme en peligro continuamente (en peligro de mi independencia dichosa, que parece que es lo que me arrastra más; pero claro, lo divertido de la vida es que uno no sabe nada en el fondo, sólo va constatando las constantes de la propia personalidad y por eso me gustaría vivir aunque fuera sólo doscientos años, a ver si me entero un poco). (p. 209)

Ese afán de enterarse conduce a Carmen Laforet a un retiro desde el que nos enseña a ver, a contemplar un mundo todavía cercano, o, como escribió el propio Sender en su artículo “Carmen Laforet en inglés”, escrito el 8 de junio de 1966 en ocasión de la traducción de *Nada* a este idioma:

nos muestra su jardín secreto sin impudicia y sin falso recato. Nos muestra la sutil complejidad de un alma femenina que pasa por la vida con su sensibilidad alerta y una enorme curiosidad intelectual. Y nos cuenta lo que siente y lo que piensa. Y también (antes que nada) lo que ve [...] Nuestra memoria es un delicado registro que elimina lo secundario y conserva y clasifica lo esencial. Hay novelistas que toman notas. Otros dejan que su temperamento y su sentido natural de los valores guarden lo que debe ser guardado y olviden lo intrascendente. Ninguna novelista como Carmen Laforet da la impresión de haber confiado más en la rica espontaneidad de su don selectivo. [...] Carmen Laforet, entre las muchas novedades maravillosas que nos ofrece, nos encanta con la mayor de todas: la vida interior de un alma genéricamente diferenciada que no pretende imitar ni al gran hombre ni a la *drôlesse*. El alma de una mujer en todas sus dimensiones dulces o ásperas, graves o ligeras, hondas o superficiales, transcendentales o immanentes dentro del gran mosaico de la vida ordinaria. Sobre todo esto, una maravilla aún: la de la armonía.

Finalizo esta breve nota con el eco de estas frases llenas de halago y admiración que Sender dirige a su amiga (admiración correspondida, pues Laforet se refiere a él en los siguientes términos: "Hay algo que es y algo que no es. Sender es"). Ambos fueron "criaturas del desconcierto". Ambos partieron hacia el exilio y hora es de que hagamos regresar a Carmen Laforet, viva aún, a nuestras páginas y a nuestras lecturas. A buen seguro nos sorprenderán sus narraciones si, como ella, adoptamos un papel de humildes espectadores de lo vivido. Tal papel, desagradecido y "ruin" nos acercará a Paulina Goya (*La mujer nueva*), a Marta Camilo (*La isla y los demonios*) y a Andrea (*Nada*), esas protagonistas hijas del exilio que nos des-velarán parte del secreto de Laforet.